

Moneda, banca y teoría monetaria: ¿expresión de una generación madura?

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

“La vida no se basa en el crecimiento cuantitativo, sino en estados de equilibrio y en niveles óptimos”. — Julian Huxley.

Cuando apenas alcanzaba la línea de los treinta años, la edad en que el hombre comienza a descubrir lo más esencial y puro de la vida, Fernando Gaviria, fiel a una realidad íntima, publicaba su libro *Moneda, banca y teoría monetaria*. No era, pues, este volumen que ojeábamos una obra de madurez en sentido estricto, sino un avance en cierto sesgo casi juvenil, de ideas, de teorías y de meditaciones sobre la “moneda”. Entonces, se hubiera podido hacer ver lo lejos que estaba aún el autor, sin devaluar su rango jerárquico, de llegar al momento culminante de su travesía de meditador de los hechos monetarios. Porque en la línea divisoria de su altura vital —los treinta años— su espíritu seguía siendo, ante todo, un fino receptor de singular porosidad. Había, en efecto, insumisa y latente en estas páginas de Fernando Gaviria mucho fuego juvenil, no obstante lo especializado y específicamente técnico del tema. Y, sin embargo, era un libro bueno y exacto, de calidades claras y elevadas, donde cada teoría, cada fenómeno

se analizaba con la capacidad que solo da, después de la inteligencia, el consagrado desvelo.

Importa subrayar, por otra parte y en este momento, la ubicación mental del autor de *Moneda, banca y teoría monetaria*, porque, aparte de ser uno de los mejores exponentes de un grupo humano, representa, por eso, a una generación que para estas fechas bordea los linderos de la madurez. Perteneció Fernando Gaviria, con efecto, a la generación que aspiró, lográndolo en gran parte, a sostener una función y una figura sociales, no en beneficio de la literatura, sino de las fuerzas mecánicas de nuestra sociedad, imprimiendo a una parte de las altas jerarquías aquel dominio científico y técnico que otras naciones han aplicado para su completa transformación. Lo cual —es necesario decirlo— presupone —y presupuso, entonces— un renuevo, un replanteamiento espiritual conocido hasta ahora en el país, que significó, preferentemente, progresar hacia el pensamiento de lo inútil. Baste con

advertir que desde la Colonia, dadas las excepciones de rigor, la preocupación por el bienestar material, o secular u orgánico —como se quiera llamar— fue casi nulo. El hecho no tuvo nada de insólito. Puesto que la inteligencia del colombiano se empeñó en avanzar hacia lo lejano, fijando la atención preferentemente en las cosas fundamentales, lo próximo, lo inmediato, tuvo que parecerle demasiado humilde y como flotante en un paisaje mutilado y necio. Por eso el esquema o repertorio de quehaceres estaba bajo semejante actitud ante el mundo, circunscrito a determinadas actividades del espíritu. Propiamente era, más que una actitud evasiva, una afinidad previa con cierta porción del saber humano. Esta inclinación, que era desde luego indeliberada, representó el noble empeño de acrecentar, cualitativamente, nuestra cultura, a par que heroico afán de ascender a lo trascendente y ultramundano. Pero significó, en lo que concierne al desarrollo, la ausencia de valorización utilista de las cosas: de vivir mejor, materialmente. Esto nos aclararía y dicho al margen, por qué cuantas veces se trata de prevenir el futuro, se principia por hablar del desprestigio de las instituciones, ya que, en Colombia, o se era deshumanista, o partidario del desarrollo económico. Aunque de esta suerte, decía quien bien decía, con esta manera radical de juzgar, solo cabe descubrir los defectos y manquedades de una nación, y es el método más seguro para ver el mundo lleno de agujeros, fracturas y ausencias.

No obstante que la forma moderna del estimar tiende deplorablemente a tasar la sustancia de todo valor en la balanza del utilismo, ese replanteamiento mental de

la nueva generación, que de suyo es una modificación de los sentimientos y de las ideas del colombiano, está, por ahora, lejos de procurar la valoración utilitaria del hombre nacional. Y decimos por ahora, pues urge inculcar, parejo al deseo de mejorar los medios externos que favorecen la existencia, la noción de que la vida es, en última instancia, un arcano, un secreto, y como tal irreductible a la mera concepción del hombre esencialmente económico. No ocurriendo así, claro es que su huella en el destino nacional sería fugitiva y transeúnte, quedando apenas sobre el plano de las realidades últimas su ademán yerto y vacío. Por otra parte, tampoco se nos ocurre suponer, como suele pensarse cuando se afirma con ánimo pueril que a la juventud actual poco o nada le interesa saber dónde nacieron Cervantes o Santa Teresa, para significar su desamor hacia cosas estimadas baladíes, que este planteamiento espiritual de que venimos hablando implique un síntoma de perversión de la cultura nativa, o, dicho en otra forma, de cuanto de ella decantamos. No, no; la cultura, la verdadera cultura carece de la noción exasperada de democracia, que nos haría creer en su mengua porque “muchos” carecen de la visión espiritual que permite percibir “media docena de misterios cardinales”. El culto ilegítimo de la cultura nivelada, tan burguesa, tan filistea, es decir, de la que encuentra fácil expansión movilizandole masas de plebe intelectual se nos antoja inepto como, a la vez una beatería. Precisamente este declarar otra vez y otra en bancarrota “nuestra cultura”, bajo la especie de lo sobremanera inútil, se debe a la propensión a trivializarla, suplantando “el saber de lo humano” por el hacina-

miento de fechas, de nombres y de lugares. Así, la cultura viva, por inexorable necesidad dialéctica, se hace inerte, formal, anquilosamiento, superstición, algo semejante a la supervivencia —supervivencia y superstición son términos sinónimos— de un dios despojado de sus divinos atributos.

Significó, pues, la irrupción de la generación a que pertenece Fernando Gaviria en el escenario de la vida pública, la actitud divergente, la nueva perspectiva con que toda generación aparece dotada por ver la realidad. Hay, ciertamente, en las generaciones contemporáneas el propósito de saturar el ambiente social de ideas, de normas y de principios que faciliten, tarde o temprano, la transformación económico-social del pueblo colombiano. En suma: no solo prestar anuencia a la cultura como

antano, sino a otros factores que también están en el marco de la vida. Desde luego que esta generación comenzó negando las peculiaridades de la anterior, del propio modo que esta negó las de su inmediata. Mas no debemos olvidar que en todo lo vivo, según Hegel, superar es negar; pero negar es conservar.

Ahora, Fernando Gaviria nos entrega una segunda edición de su obra, "corregida y aumentada". Y ella nos confirma aquello que hubiéramos podido decir a propósito de su primera edición. O sea que en Gaviria había madera de tratadista, de buen exponente de la hermenéutica monetaria. Ya nos dirán los especialistas si me equivoco o no; porque quien esto escribe no se considera competente para juzgar los intrínquilis de una teoría monetaria.